

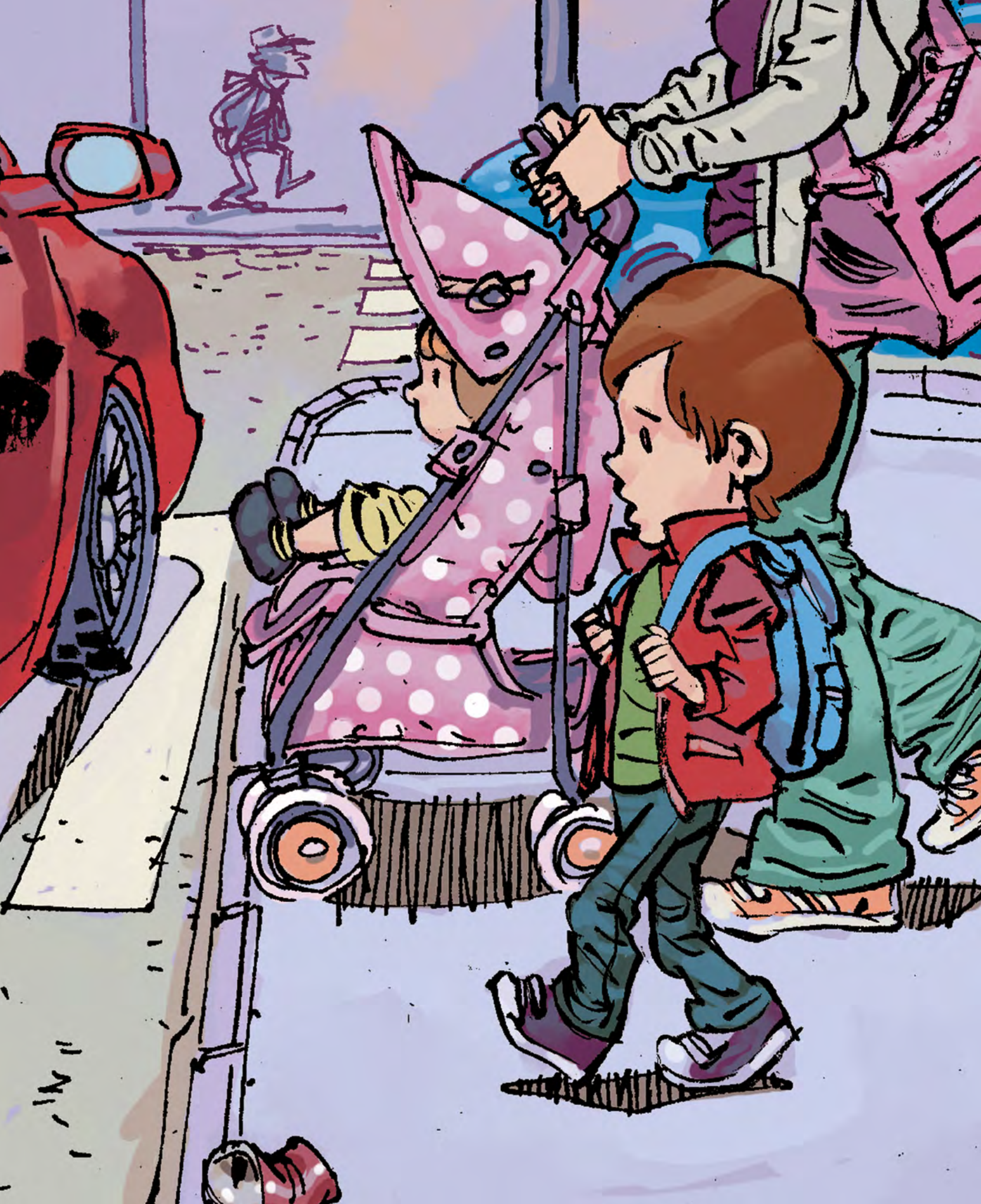
De bruces

Laura Gómez Lama

Ilustraciones de Sergio Bleda

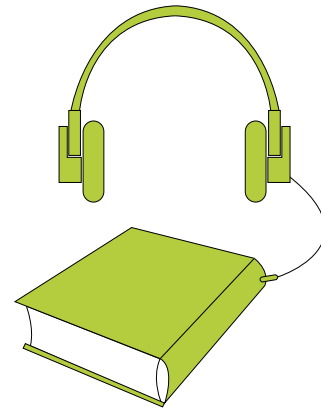
9-11 años





Podrás disfrutar de este libro en otros formatos.

Dispones de un audiolibro.



Puedes leerlo en tu ordenador, móvil o tablet.

Todo esto lo podrás encontrar en nuestra web

www.fundacionmapfre.org

De bruces, 2015.

Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula de 9 a 11 años.

El Programa de Prevención y Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Área de Prevención y Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE, dirigida a todos los niveles educativos de 3 a 16 años, para fomentar la prevención y las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Área de Prevención y Seguridad Vial – FUNDACIÓN MAPFRE.

Coordinación: Territorio creativo.

Edición y diseño didáctico: La Llave. Gestión y producción cultural.

Diseño y maquetación: Rebeca López González y M. Isabel Martínez Jiménez.

Producción de audiovisuales: La Llave. Gestión y producción cultural.

Animación: Vicente Mallols.

© Del texto: Laura Gómez Lama.

© De las ilustraciones: Sergio Bleda.

© De la presente edición:

FUNDACIÓN MAPFRE

Área de Prevención y Seguridad Vial

Paseo de Recoletos, 23

28004. Madrid

www.fundacionmapfre.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la ley.

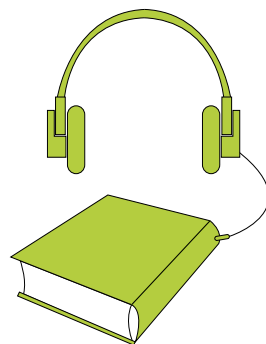
I.S.B.N.: 978-84-9844-545-9

Depósito legal: M-26429-2015

De bruces

Laura Gómez Lama

Ilustraciones de
Sergio Bleda



Apenas había comenzado a hablar cuando su madre le anunció el acontecimiento que lo cambiaría todo. Hasta entonces, su casa, su habitación, todo y todos los que le rodeaban pertenecían a su reino. Pero llegó ella, Pilar, y Pedro tuvo que ver cómo las murallas eran sustituidas por un foso fangoso en el que ya no se sentía seguro.

Su reino se había transformado en una especie de isla comida por el barro en la que no podía controlar quién entraba arrasando, pringándolo todo, rompiendo sus cosas, dejando un olor a babas y a leche cortada, ¡incluso a caca y a pis! ¿Quién dice que los bebés huelen bien?

Pedro tampoco tenía el control sobre quién debería salir de su isla, pues, si de él hubiera dependido, aquel estorbo que se movía por impulsos y no atendía a razones, que no paraba de llorar por todo y no le dejaba en paz ni siquiera cuando se retiraba a su cuarto para estar solo, aquel monstruo con pañales habría salido del reducto de reino que aún era suyo, nada más entrar.

—¿Qué haces aquí, enana? Te he dicho que no toques mis cosas. ¡Vete a tu cuarto!

Pero, en lugar de marcharse cuando Pedro se lo pedía “amablemente”, bastaba un lloriqueo de nada para que uno de sus padres apareciera de inmediato y le ordenase que dejara entrar a su hermana. Y no solo eso. También debía cuidarla y jugar con ella. ¡Jugar! ¿Pero se habían vuelto locos o qué? ¿A qué podía jugar con aquel arma de destrucción masiva? ¿Pretendían que le pusiera en las manos todos sus juguetes para que uno a uno los fuese rompiendo? ¡Pero si Pilar no sabía hacer nada!

Realmente tenía la impresión de que esa niña había hecho que tanto sus padres como el resto de sus antiguos súbditos adultos cayesen en una especie de embrujo que les había vuelto bobos. Era como en aquel cuento del flautista que encantaba a las ratas con su música y las llevaba a morir al río... Pues igual. Aquella bruja en miniatura había conducido a todos los adultos hasta el foso de barro que ahora rodeaba su antiguo reino y ahí los había dejado: “pringados” y atontados con el sonido de sus balbuceos.



Ahora que Pedro aprendía cada día cosas importantes y que lo hacía en un perique-te, nadie prestaba la menor atención a sus logros. Sin embargo, cualquier tontería que hacía su hermana era recibida con el mayor de los entusiasmos.

—Pedro, ven a ver lo que dice tu hermana.

¿Dice?, pensaba él mientras observaba perplejo a su madre.

—A ver cómo dice mi niña “Pedro”. Peeeeeeedro. Peeeedro... ¡Pedro! Peeee... Peeee... Peeeedro.

Y así podía pasarse su madre horas y horas... Un día tras otro... Y otro más. Hasta que, por fin, una mañana de verano lo consiguió. Al menos, eso dijo ella, porque a Pedro no le pareció que lo que salió por la boca de Pilar fuera su nombre.

—Pedro, cariño, Pili ha dicho tu nombre. ¡Ven! ¡Corre! —dijo colocándolo frente a su hermana— ¿Cómo se llama tu hermanito? Se llama Pe...

—Pedo —dijo trabajosamente la niña.

—¡Bieeeeeen! —dijo su madre dando palmas— ¿Has visto? Ha dicho tu nombre.

—Ha dicho “pedo”, mamá —respondió el niño con la mirada encendida.

—Pedo —volvió a decir su hermana satisfecha aunque esperando unas palmitas o alguna carantoña por parte de él.

—¡Es “Pedro”, no “pedo”! —le gritó el niño con gran enfado.

—¡Pedo! —gritó ella también.

Pedro sintió cómo las mejillas se le ponían calientes del enfado que estaba por llegar y, pese a que su madre le explicaba que la niña era pequeña y aún no sabía decir la letra “r”, él solo pensaba en la vergüenza que pasaría en el parque cuando su hermana le llamase “Pedo” y todos los niños se echaran a reír.

—¡Pedo! —insistió ella, que aún esperaba la aprobación de su hermano— ¡Pedo! ¡Pedo! ¡Pedo!

El niño salió corriendo y ya en su habitación lloró desconsoladamente en un rincón y decidió planear su venganza. Al rato, llegó Pilar y, al verle tan triste, le dijo:

—Ea, ea, ea,...

—Déjame en paz —le dijo Pedro subiéndose a la cama para encaramarse al rincón más alejado, donde ella no pudiera llegar.

A la hora de la cena, su padre le pidió que cogiera la servilleta que su hermana había tirado al suelo y le fastidió tanto tener que bajarse de la silla para coger todo lo que su hermana tiraba que decidió poner en marcha su plan.

—Toma, Pimi —dijo Pedro con cierto tonito extraño—, tu servilleta.

—Querrás decir “Pili” —dijo su padre.

—No, Pimi —contestó.

—Pero es Pili, de Pilar.

—No, es Pimi, de Pimientos. ¿Ella no me llama Pedro? Pues yo la llamaré Pimientos. ¡Pimientos! —dijo dirigiéndose a su hermana, a quien, por lo visto, le debió hacer mucha gracia, pues soltó una carcajada—. ¡Pimientos! —volvió a decir antes de que Pilar volviera a partirse de risa.

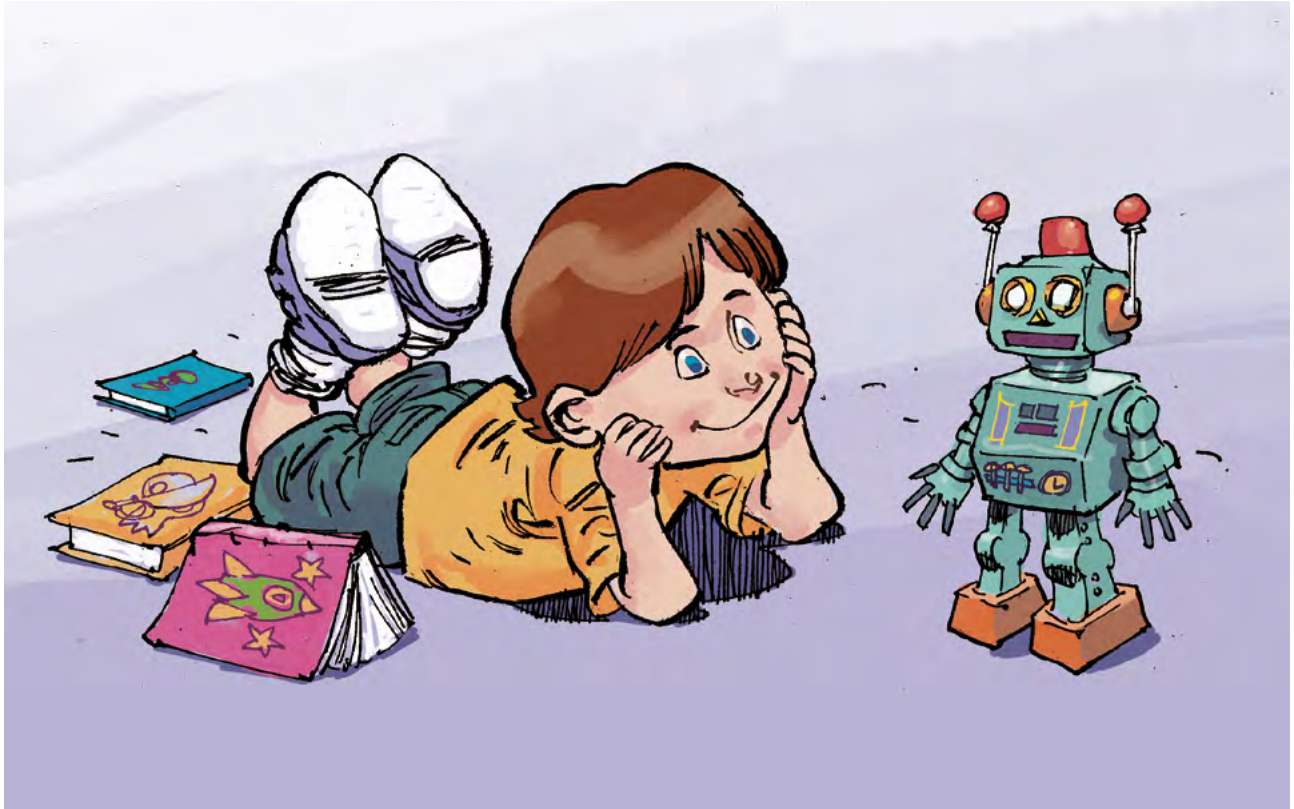
—Luego te lo explico —dijo la madre al padre mientras movía de lado a lado la cabeza.

Pedro miraba a Pimientos y pensaba en todo lo que había crecido su hermana desde aquel día en que la venganza se le volvió del revés, pues, en lugar de disgustar a Pilar —Pili para los amigos y Pimi para los súper amigos—, aquel mote parecía encajarle como si lo hubiera llevado dentro hasta que su hermano decidió sacarlo a relucir. Ni siquiera se ofendía cuando Pedro, con toda la intención del mundo, la llamaba a gritos en el parque. Ella sabía que intentaba pincharla y a veces incluso sucumbía al tira y afloja. Entonces, recordaba lo que sus padres le habían contado sobre el origen de aquel mote y sacaba a relucir el antiguo nombre de su hermano, solo que ahora iba precedido de su cara...

—¿Qué quieres, cara pedo? —gritaba ella también desde el círculo de confianza de sus amigas, todas sentadas sobre la arena riéndose de Pedro... Perdón, Pedro.

Desde luego, su hermana era un incordio y siempre le sacaba los colores. Pero lo que peor llevaba era que siempre le estaba imitando. Si él comía un helado, ella tenía que comerse otro. Si quería ver la tele tranquilo, ella tardaba dos segundos en sentarse a su lado y preguntar:

—¿Qué estás viendo?



—Una peli

—¿De qué va?

—Acaba de empezar...

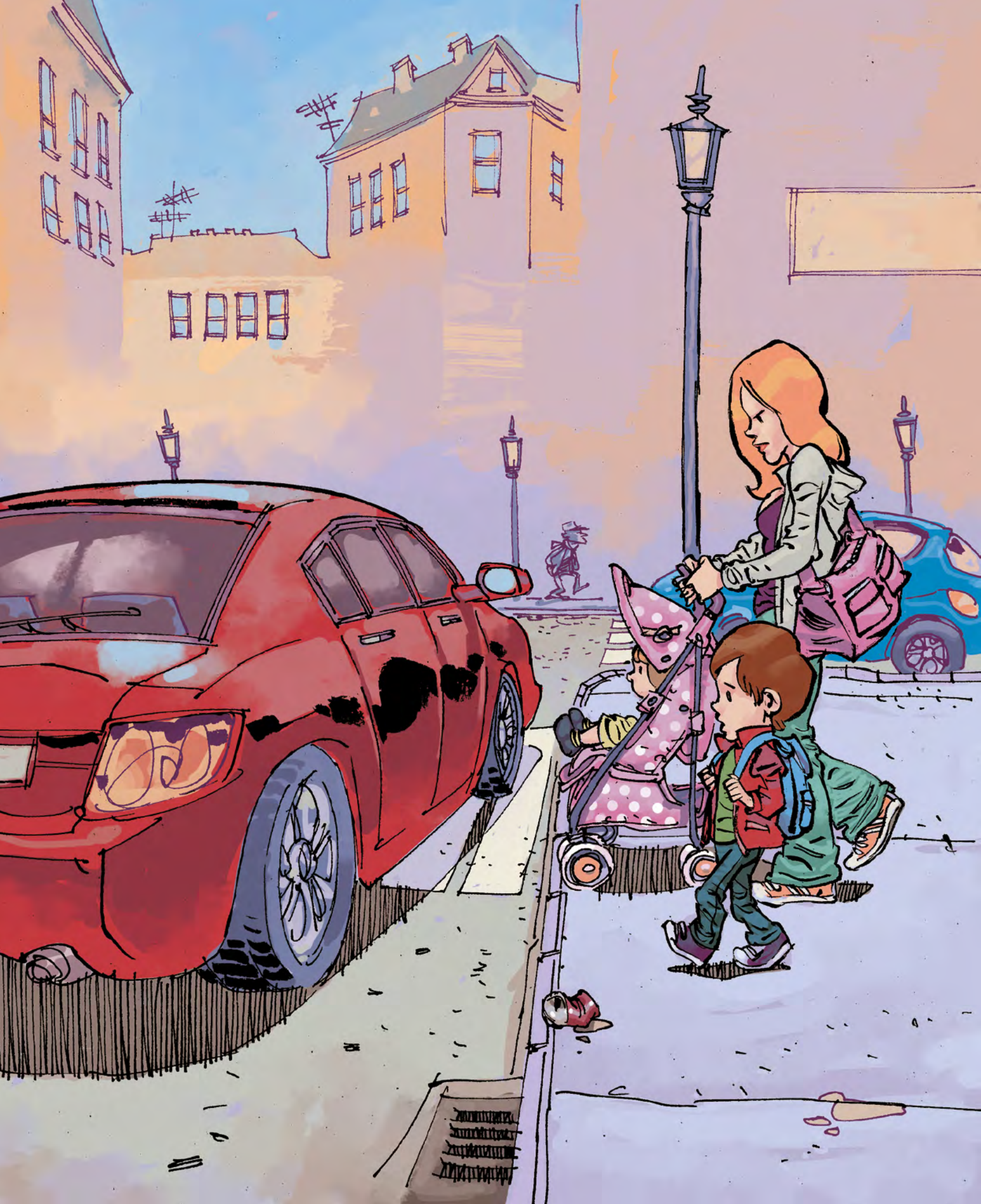
—¿Quién es ese?

—Uno.

—¿Es malo o es bueno?

Y así hasta que cambiaba a una de colegialas en apuros y él se iba a su cuarto a leer. Esto ocurría desde que Pimientos dejó de ser un bebé y empezó a volverle loco con tanto porqué y tanta imitación. Parecía que llevara un loro atado al cuello. Por lo que no le quedó más remedio que aficionarse a la lectura, que era la única actividad, junto con los deberes, en la que su madre imponía respeto, pues, según ella, todo el saber de la humanidad y de lo inventado por esta estaba en los libros.

A Ped... Pedro le encantaban los libros de aventuras, de monstruos y del espacio. Antes, cuando era más pequeño, Rüdiger era el protagonista de todas sus fantasías. Decir



que era su juguete favorito sería mentir, pues Rudy era el mejor de los amigos. Se lo regalaron por Navidad, siendo él ya “un poco mayor para juguetes” —según murmuraba su padre—, por lo que no esperaba, a pesar de habérselo pedido, que su papá “Noel” le hiciera mucho caso. Sin embargo, a la mañana siguiente, estaba bajo el árbol.

Fue tal el cariño que le cogió que todos se contagiaron del mismo y su madre, cuando veía a Pedro tan entretenido en sus aventuras espaciales, miraba al padre de reojo y recordaba sus protestas el día antes de que el robot llegara a sus vidas.

—Demasiado mayor... —murmuraba ella moviendo la cabeza mientras miraba a su marido.

Para mamá, Rüdiger tampoco era solo un juguete, pues apreciaba la relación que los niños establecen con sus cosas. Pero, además, veía en él un apoyo para la educación de su hijo mayor, algo así como un aliado, pues el robot traía consigo varias lecciones sobre cómo ser “un ciudadano modelo”.

—¿Qué es “un ciudadano modelo”? —preguntaba Pedro los primeros días en los que no paraba de escuchar todo lo que Rüdiger guardaba en su memoria.

—Pues un ciudadano ejemplar —contestaba el padre.

—¿Y qué es un “ciudadano ejemplar”? —volvía a preguntar Pedro tras un rato de dudas.

—Pues un ciudadano que da ejemplo —zanjaba de nuevo el padre.

—¿Que te pone un ejemplo?

—Que te pone ejemplos de lo que debes hacer como buen ciudadano.

—¿Ciudadano?

—Sí, ciudadano, persona que vive en la ciudad.

—Entonces, ¿el abuelo y la abuela no son ciudadanos? Como viven en el pueblo...

—Un buen ciudadano es el que se desenvuelve correctamente al moverse por la ciudad o por el pueblo —decía la voz de su madre desde la habitación de Pilar.

—¿Desenvuelve, mamá? —decía Pedro mientras acudía a territorio enemigo—. ¿Como los regalos?

—No —dijo ella con media carcajada contenida—. A ver, busquemos otra palabra... Es una persona que se mueve correctamente por las calles haciendo todo lo que dice Rudy: cruzar por los pasos de cebra, no tirar los chicles al suelo... Así serás un “ciudadano modelo”. Es decir, una persona a la que todos querrán parecerse por lo bien que hace las cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Ay! —suspiraba mamá y, solo con eso, Pedro ya sabía que la explicación había llegado a su fin—. Pues lo que dice Rudy.

Así que Pedro volvía a su cuarto, se sentaba delante del robot y pasaba largo rato escuchando las cosas que decía. Tantas veces las escuchó que las aprendió de memoria y, aunque sentado en el suelo de su cuarto frente a su maqueta todo tenía sentido, cuando salía a la calle y observaba cómo se desenvolvía la gente —desenvolver de moverse, no de abrir regalos—, todo era un caos.

Se suponía que él, además de ser persona y ciudadano, era un peatón y debía andar por la acera, pero había calles en las que los coches estaban aparcados sobre ella y no dejaban pasar a su padre cuando iba con el carro de la compra o a su madre cuando llevaba a Pilar en el cochecito. Al principio pensaba que, por llevar carro o cochecito, sus padres y su hermana dejaban de ser peatones y pasaban a ser conductores, y que por eso debían bajarse a la calzada. Pero, entre las explicaciones de Rüdiger y los “elogios” que mamá les regalaba a los dueños de los coches, dedujo que eran estos los que no se sabían bien las normas.

Sin embargo, cuando preguntó a su padre cómo se podía conseguir un carnet de conducir sin saberse las normas, este le contestó que eso era imposible, por lo que no entendía cómo, sabiendo que no debían aparcar ahí, los conductores seguían poniendo en peligro a peatones, como ellos, a los que obligaban a ser ciudadanos de riesgo y en riesgo.

Era algo que no entraba en su cabeza: ¿por qué la gente, en general, no cumplía las normas? Tras mucho preguntar y observar, se dio cuenta de que era como la expresión esa que usaba tanto su madre de la pescadilla que se muerde la cola... Si los peatones no pueden pasar por la acera, se van a la calzada. Si los coches no encuentran aparcamiento, se suben a las aceras. Si la gente no comprase tantos coches y hubiese un equilibrio entre la cantidad de gente y la cantidad de plazas dentro de los coches, todos podrían ocupar su lugar en las calles. Pero, para eso, la gente debería compartir sus vehículos con otras familias, como había visto que se hacía en algunas pelis para ir a trabajar. Pero eso solo pasaba en Nueva York, porque en Madrid cada uno quería su propio coche y, claro, en una ciudad donde se tiene que vivir cada vez más alto porque no hay espacio en el suelo, no esperarían encontrar aparcamiento para todos. Si hablásemos de bicis o incluso de motos, bueno. Pero ¡coches!



Estas son las cosas que Pedro pensaba años más tarde mientras iba en el autobús con sus padres tranquilamente sentados y mirando cómo los coches invadían todos los carriles de la calle Alcalá.

—¿Te das cuenta de por qué hay que usar el transporte público? —decía su madre a Pimientos.

—¿Por qué, mamá?

—Pues porque esto es lo que pasa cuando todos cogemos el coche para ir al mismo sitio. Se producen atascos.

—Nosotros también estamos atascados —replicaba Pedro.

—Sí, pero si todos hicieran como nosotros, no lo estaríamos.

—Estaríamos atascados igualmente, solo que dentro del autobús.

—Si todos cogiéramos el autobús, pasaría cada cinco minutos —fantaseaba su madre.

—Como no prohíban los coches... —añadía Pedro, quien ya empezaba a darse cuenta de que el “ciudadano modelo” era algo así como supermán. Es decir, un ideal.

—Al menos, no tenemos que encontrar aparcamiento —dijo su padre sin que nadie pudiera rebatirlo.

Sin embargo, lo que más le seguía chocando a Pedro con el tiempo, no era que los desconocidos ignorasen las normas, era que sus propios padres —quienes le habían hecho esperar una eternidad al sol hasta que el semáforo iluminaba al hombrecito verde y le habían obligado a esperar su siguiente turno si el hombrecito parpadeaba para avisar de que iba a cerrarse— cruzaran en rojo o se apresuraran si veían parpadear al muñequito sin haber llegado siquiera al paso de peatones en caso de que llegaran tarde a alguna parte. Cuando les preguntaba por qué lo habían hecho, ellos decían que tenían mucha prisa, como si no les quedase otro remedio y en ese caso fuese correcto saltarse el Reglamento General de Circulación. Así que Pedro insistía:

—Pero eso ¿está bien o está mal?

La respuesta era clara: estaba mal y los niños no debían hacerlo bajo ningún concepto. Motivo por el cual, según fue creciendo y sintiéndose más adulto, fue permitiéndose esa y otras licencias que veía que se permitían sus padres. El problema era que el concepto que tenía Pedro de sí mismo ahora que tenía once años y de lo adulto que se sentía, no era real. Sí lo era, sin embargo, el que tenía de su hermana y de la niña que era cuando quería hacer lo mismo que él y la regañaba, ignorando o no queriendo ver que las mismas licencias que se tomaba él cuando sus padres no estaban para controlarle, se las tomaba su hermana, quien, con nueve años recién cumplidos, también se consideraba suficientemente adulta.

Es curioso lo claro que se ve todo cuando le está pasando a otra persona y lo ciegos que estamos ante la misma realidad si la vivimos nosotros mismos. No somos capaces de verla hasta que nos damos de bruces con ella.

Rüdiger, como cualquier amigo, pasó por varias etapas en la vida de Pedro. Este, tras aprender cómo debía comportarse en la calle sin cuestionar lo que su amigo le decía, empezó a dejarle sin voz propia para ponérsela él mismo en las aventuras imaginadas del planeta Zebra, donde las normas del Reglamento se cumplían sí o



sí. Una de las más importantes era la que más infringían sus vecinas reales en su vida real: prohibido detenerse a chismorrear en la acera impidiendo el paso a los demás. En el planeta Zebra estaba penado con diez años de cárcel y diez pellizcos en los mofletes por día. Lo que no entendía es que, en el planeta Tierra, sus vecinas continuaran impunes.

Otra de las normas cuyo incumplimiento nunca tenía consecuencias en la Tierra y, sin embargo, era de lo más molesto para todos, era ignorar las pautas relacionadas con los perros. Cada día se cruzaba con las mismas personas llevando sueltos a sus enormes perros y dejando cacas por todas partes. Una vez, uno de esos perros tiró a Pimientos al suelo y, aunque la niña no era santo de su devoción, Pedro se enfadó mucho con el dueño y le dijo que su perro debería ir atado por la calle, a lo que el señor respondió:

—¡Anda, calla, niño! —y se quedó tan pancho.

A Pedro le dieron ganas de insultarle, pero también le entró un poco de miedo. Además, recordó que había que respetar a los mayores y se preguntó si los mayores no debían respetar también a los pequeños. Por lo visto no, porque algún insulto por parte del dueño del perro sí le cayó y ninguno de todos los que estaban viendo lo que ocurría dijo ni mu. Por eso, en el planeta Zebra, había pensado prohibir los perros. Sin embargo, los perros le gustaban, así que luego pensó prohibir a los dueños de los perros. Pero no se quedaba tranquilo, pues pensaba en la tía Paloma y en Isidro, su perro, y en que ambos se comportaban según las normas de circulación. Así que, finalmente, decidió que mantendría las mismas normas de la Tierra, solo que ningún culpable de mala conducta quedaría sin castigo. En estos casos, el perro pasaría a una familia que lo supiera cuidar y el dueño no podría volver a tener a su cargo ningún animal hasta que cumpliera diez años de trabajos para la comunidad recogiendo cacas de perro y chicles pegados en el suelo y por debajo de las mesas y sillas de los parques.

Aquella anécdota se quedó grabada en la memoria de Pimientos, quien, desde el suelo, observaba a su hermano defenderla contra un chulito que le doblaba en edad y tamaño, no pudiendo evitar verle como una especie de superhéroe con el que siempre se sentiría segura. ¡Incluso la ayudó a levantarse del suelo! Aunque, cuando le dio las gracias, Pedro se quitó importancia diciendo que no soportaba a aquel tipo. Ella, sin embargo, sabía la verdad y es que, por mucho que se metiera con ella,



ella era su hermanita del alma. Por eso, tras escuchar toda la charla que Pedro le echó de camino a casa sobre lo que era correcto y lo que no, lo que Rudy decía y lo que la gente hacía, Pimientos decidió coger a escondidas el robot para aprender más sobre el tema y que Pedro pudiera admirar su comportamiento.

Entonces vino la etapa en la que los dos amigos se distanciaron, pero llegó el verano en que Pedro cumplía los diez, y él y Pimientos se fueron a pasar todo agosto al pueblo de sus abuelos. Allí tuvo que aguantar que toda la pandilla se fuera en bici a echar la tarde al monte o a la charca, mientras él tenía que ir andando, llegar quince minutos más tarde y, lo peor de todo, llevar consigo a Pimientos. ¿Es que esa niña nunca le iba a dejar en paz?

Pimientos, por su parte, estaba feliz de amenizar el paseo a su hermano, pues, como este no sabía montar en bici, debía ir andando a todas partes. Si no hubiese sido por ella, habría tenido que ir de acá para allá completamente solo. Pero él era tan atento con ella, que hasta se enfadaba porque se saltara su serie favorita, intentando convencerla de que no debía molestarse por él. Ella, sin embargo, estaba encantada de hacerle el favor. ¡Por fin le resultaba útil a su hermano que tanto la cuidaba! Se habría perdido mil capítulos con tal de pasar el rato hablando de las cosas que a Pedro le interesaban.

De camino a la charca, por ejemplo, le solía preguntar:

—Por aquí no hay pasos de cebra, ¿qué diría Rudy que se debe hacer?

—Cuando no existen pasos de cebra, hay que ir a una esquina y cruzar en línea recta y con paso rápido pero sin correr.

—¿Por qué en las esquinas?

—Porque, en los cruces, los coches suelen ir más despacio por si viene otro coche por la perpendicular, por lo que tienen más cuidado. De todos modos, Pimi, aunque haya paso de cebra y semáforo, siempre debes pararte a mirar antes de cruzar.

—Ya lo sé: primero a la izquierda y luego a la derecha, aunque a veces me confundo.

—No solo eso. El otro día te vi bajar el escalón y esperar en la calzada a que pasara un coche para cruzar por detrás corriendo como una loca.

—Tenía prisa...

—Pues da igual, no lo puedes hacer.

—Todo el mundo lo hace.

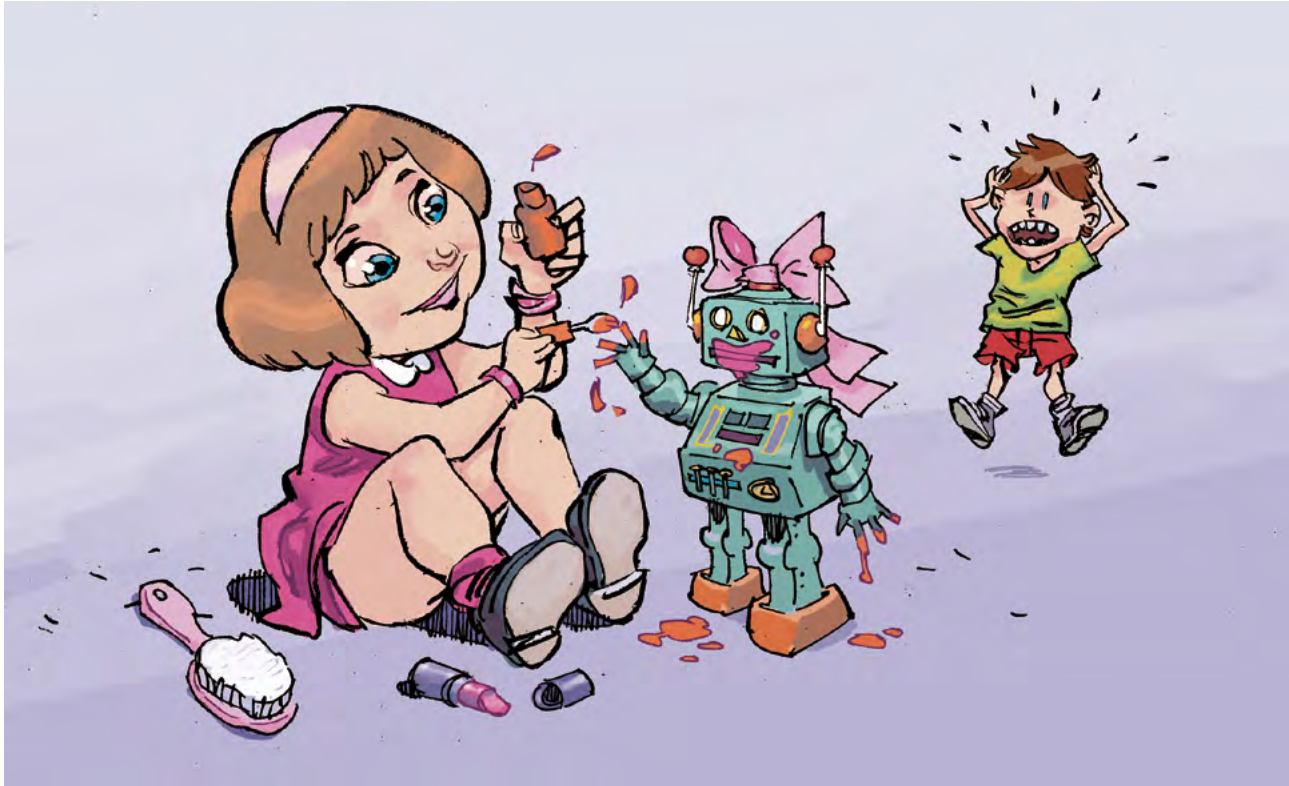
—Pues nosotros no.
—Papá y mamá lo hacen cuando llegan tarde.
—Ya, pero ellos son mayores y no cuentan.
—Vale, esperaré en la acera.
—Y no bajarás hasta que los coches se hayan parado para dejarte cruzar.
—¿Y si me paro pero no viene ningún coche?
—Entonces, cruzarás... Pero no correrás como una loca.
—No correré... Aunque mamá siempre dice que nos trae al pueblo para que corramos como cabras.
—Sí —Pedro no pudo contener la risa—, pero supongo que se refiere a lugares como el monte o la charca.
—Pedro.
—¿Qué?
—¿Quieres que te enseñe a montar en bici?
—No.
—No sé por qué te da tanto miedo; si es muy fácil.
—¡Cállate! No tengo miedo. No vuelvas a decirlo.

Pimientos sabía que sí lo tenía, pero no volvió a decir nada porque notaba que Pedro se avergonzaba. Ella tampoco quería que la pandilla supiera que había una bici estupenda en casa del abuelo a la que se le podía subir y bajar el sillín, porque Pedro les había dicho que no tenían. Por eso ella tampoco montaba, a pesar de que sus amigas iban a la plaza por las mañanas a dar vueltas con sus bicicletas.

Pedro, por su parte, sabía que no debía tomarla con Pimi, pero no podía permitir que dijera nada y, aunque confiaba en ella, no quería admitir delante de su hermana pequeña que sentía miedo y vergüenza. Bastante humillante era ya que ella supiera montar en bici y él no, como para que fuese ella —¡precisamente ella!— la que le enseñara. ¿Lo había dicho aposta o qué?

—Ya lo sé. Lo he dicho por si acaso —añadió Pimientos como disculpándose.
—Que me dejes —replicó Pedro dejando atrás a su hermana mientras murmuraba—. El año que viene aprenderé a montar en bici solo para no tener que ir andando contigo.

Efectivamente así fue y una vez más acudió a su amigo del alma, Rüdiger, para que le ayudara. Pues aprender a montar en bici en un descampado es una cosa y



circular por las calles de Madrid, aunque sea por un carril bici y de casa al parque, es otra.

Pidió a sus padres que trasladaran la bici del pueblo a casa y, en lugar de irse al parque, iba empujando la bici por la acera hasta llegar al Retiro y allí, infiltrado en el anonimato de la multitud, se unía a los críos que aprendían a montar en bicicleta guiados por sus padres en el Paseo de Coches. Así, a sus 10 años, consiguió aprender él solo a manejar la bicicleta. Después, el reto fue aprender a desenvolverse — controlado también el verbo— por los cruces, carriles bici paralelos a la calzada o mezclados con la acera, niños correteando por ella, vecinas paradas en medio del carril, peatones caminando por él, perros sueltos y sus cacas, pelotas que se cruzan, bicicletas en ambos sentidos, los adelantamientos y los desequilibrios ayudados por zanjas en obras y un sinfín de irregularidades en el suelo. ¿Quién mejor que Rüdiger para ayudarle con todo eso oculto en una cesta al más puro estilo ET? Al verano siguiente solo tendría que presumir ante los amigos del pueblo y dar esquinazo a su hermana que, al quedarse sin la única bici, tendría que quedarse en casa.

A Pimi aquello le entristeció mucho, pues echó de menos los paseos con su hermano. Pero tampoco él se llevó la gloria que esperaba, pues, si bien el monte carece de los riesgos de las ciudades, tampoco está precisamente asfaltado. Así que, antes de la primera semana, la bicicleta estaba rota y la pierna de Pedro también.

Aquel verano de calor y aburrimiento para todos también fue un antes y un después en su amistad con Rudy, pues, aunque se recuperó y estrenó bici nueva, Pedro ya no estaba interesado en las normas y la edad de jugar con robots ya se le había pasado. Aun así, el día que se dio cuenta de que, poco a poco y de la manera más sutil, Pimientos había ido haciendo buenas migas con el robot, puso el grito en el cielo. Al principio, Pedro no le dio mucha importancia a volver de montar en su bici nueva con su nueva pandilla del parque y encontrar a su mejor amigo con las uñas pintadas de rosa. Pero, cuando quiso decir esta boca es mía, su madre y su padre se habían puesto de acuerdo en hacerle eso que le hacían para que se sintiera avergonzado de “querer seguir siendo pequeño” para algunas cosas, obligándole a ceder ante los ojos llorosos de su hermana... ¡una vez más!

Pedro estaba tan enfadado por lo injusto de la situación que, a veces, ni siquiera sabía que se tomaba pequeñas venganzas y, en un acto de rebeldía inconsciente, empezó a llevar la contraria a todo lo que Rudy, la nueva princesa robot, le había enseñado antes de llevar las uñas rosa chicle.

Así, empezó por dejar de mirar mal a sus amigos por tirar las bolsas de pipas o los chicles al suelo y poco a poco empezó a dejarlos caer él mismo con la aprobación de los más bravucones del grupo, esos que en el planeta Zebra habrían sido condenados a limpiar los parques. Después continuó por infracciones en grupo que les ponían en riesgo. Y no solo a ellos, también a los conductores, viéndose obligados a frenar en seco en más de una ocasión; y a los mismos peatones que esperaban pacientemente su turno, ya que algún que otro chaval empujó a más de una persona mayor haciéndole perder el equilibrio. En otra ocasión, incluso, un niño pequeño, llevado por la inercia del grupo, les siguió al cruzar corriendo cuando el semáforo estaba a punto de cambiar, dándole un susto de muerte a su madre; al conductor del autobús, quien llegó a dar un volantazo hacia la acera; a los pasajeros del vehículo, que se estamparon unos con otros; a los abuelillos que casi atropella el autobús... En un momento montaron una buena y allí dejaron a todos, con el corazón en un puño, mientras los chavales se alejaban a toda prisa por si les caía algún rapapolvo. Luego, en el parque, todos rieron con esa risa que les entra a los críos para olvidar



que han hecho algo de lo que deberían avergonzarse, cubriéndose así las espaldas unos a otros, escondidos cada uno de ellos en la totalidad del grupo.

Pedro también reía y lo hacía más alto que ninguno por estar más avergonzado que el resto, pensando en el susto que se habría llevado su madre o él mismo si aquel niño hubiera sido Pimientos. No se explicaba muy bien por qué se sentía así si pensaba en esa niña pesada que le había robado todo, pero la verdad es que se ponía malo de imaginarlo.

Tampoco entonces se percató de que su hermana, siempre atenta a cualquier gesto suyo, empezaba a imitar sus comportamientos más insolentes y temerarios, pues la última vez que Pimi intentó conversar sobre aquel tema que antes tanto apasionaba a su hermano, Pedro le dijo que nada de lo que le había enseñado “su princesa robot” le había servido.

—Me habría ido mejor si lo hubiera ignorado todo. ¿No ves que nadie hace caso a las normas? Para lo único que sirven es para que te llamen de todo.

—No digas eso a tu hermana —intervino su madre—. ¿Es que quieres que te haga caso y le pase algo? ¿No ves que tú eres un ejemplo para ella?

—¿Y tú? —respondió el chaval— ¿Acaso no cruzas en rojo cuando tienes prisa?

—Bueno, lo hago cuando no vienen coches... Además, yo soy una persona adulta y no debes compararte conmigo.

—Tampoco yo soy ningún niño —replicó.

—Ni yo —añadió Pimientos.

—Tú calla, Pimi —le dijo él.

—No, calla tú y vete a tu cuarto —zanjó su madre.

En lugar de eso, Pedro se levantó de la mesa y salió de casa a toda pastilla dando un buen portazo para que todo el universo, incluido el planeta Zebra, se enterara de su enfado. Pimientos corrió a mirar por la ventana y vio salir a Pedro del portal, corriendo por su misma acera hasta llegar al cruce en cuya esquina opuesta empezaba el parque. Pedro, en lugar de continuar recto y cruzar por el paso de cebra, girar y cruzar por el semáforo, atravesó de una esquina a otra, en diagonal, y llevándose un buen bocinazo por parte de un camión que tuvo que frenar. Una vez allí, la emprendió a patadas con una papelera, con tan mala suerte que, para una vez que era él quien hacía algo incorrecto, un municipal acudió para llamar su atención. Pedro echó a correr hasta que ni Pimientos ni el municipal pudieron verle.

—¿Qué te pasa, Pimi? —preguntó su madre al verla tan callada en la ventana—. No hagas caso a tu hermano; está en una edad que no hay quien le entienda.

—Yo le entiendo —replicó Pimientos antes de encerrarse en su cuarto.

La cosa no fue a más y un par de días después, cuando la familia pasaba por “el lugar del crimen”, Pedro se percató de que la papelerera no estaba cuando su padre fue a tirar el envoltorio del polo que se estaba comiendo.

—¡Vaya! ¿Aquí no había una papelerera?

Pedro miró al suelo.

—Antes sí. Pero hace poco un chico se lió a patadas con ella hasta que la tiró al suelo —explicó Pimientos.

—¿Y nadie le dijo nada? —preguntó su padre.

—Sí —continuó la niña—. Un poli le regañó pero el chico salió corriendo.

Pedro no sabía ni qué decir ante la mirada de Pimientos buscando en los ojos de su hermano un tipo de complicidad que este no deseaba en absoluto para ella. Ese descaro y esa especie de unión delictiva que buscaba Pimientos —¡Pimi! La dulce y empalagosa Pimi— le dejaron fuera de juego. Ella, por su parte, esperaba algo más a cambio de su secreto: algún guiño, un comentario cómplice, un “gracias por no decir nada”... ¡Algo! Pero no, Pedro bajó de nuevo la mirada y nunca mencionó nada de aquello. Así que, una mañana de domingo de lo más aburrida, cuando vio a su hermano coger las llaves, decidió pasar a la acción.

—Me voy al parque —gritó su hermano desde la puerta.

—Yo también —gritó ella.

—No. Yo paso de ir contigo.

—¿Ah sí? En ese caso tendré que hablar con mamá y papá de cierta papelerera...

—Vale, vale... Pero ponte a jugar en otro lado, eh.

Aquella mañana fue de lo más reveladora para Pimientos, ya que, desde su asiento en un banco que respetaba la distancia de seguridad marcada por su hermano, pudo ver cómo este se había vuelto un chulito mal educado y gritón que decía un montón de palabrotas, comía pipas escupiendo babas y cáscaras al suelo, y se reía



de la gente que pasaba. Incluso de ella cuando uno de sus amigos le dijo que si se había traído al perrito faldero.

De banco a banco, el intercambio de miradas era digno de una peli en la que, tras esa secuencia, algo terrible va a pasar. Y así sucedió. De camino a casa, los dos se morían por decir lo que pensaban y, tras un incómodo silencio, fue Pimi quien empezó.

—¿Desde cuándo te has vuelto un gallito?

—¿Y tú? ¿Desde cuándo te has vuelto una listilla?

—Yo siempre he sido lista, lo que pasa es que tú siempre has sido lo suficientemente tonto como para no darte cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí. De hecho, llevo toda la vida tapando tu estupidez... Cuando no sabías montar en bici y decías que no teníamos ninguna, yo me quedaba sin montar para encubrirte. Cuando decías que te ibas al parque y mamá se preguntaba por qué nunca te veíamos, yo nunca le conté que te ibas a otro sitio porque te daba vergüenza que alguien te viera aprender a montar en bici con diez añazos por no haber dejado que tu padre o tu hermana pequeña te enseñaran. ¿Y todas esas tardes en las que me saltaba mi serie favorita para acompañarte? Gracias a mí no tenías que ir solo.

—¿Y tú eres la lista? Entonces ¿cómo es que no te dabas cuenta de que eras un fastidio? Desde que llegaste a mi vida no has hecho más que robarme mis cosas, la atención de todos, la razón en todo... Siempre queriendo estar pegada a mí... A ver si te enteras: ¡yo solo quería estar con mis amigos!

—¿Sí? Pues no vi que ninguno te esperara. Era yo quien pasaba el verano contigo, no tus 'amigos'. Que sepas que ni ellos ni los del parque lo son si tienes que ser tan idiota como ellos para caerles bien. Tú no eres así. Me gustabas más antes.

—Me da igual lo que tú pienses. Solo eres una cría.

—No más que tú.

Pimientos echó a correr hacia su casa, atravesando el cruce en diagonal tal y como había visto hacerlo a su hermano, quien echó a correr detrás de ella anticipando lo peor al ver aparecer un coche. Afortunadamente, tras la merecida pitada, Pedro pudo ver a Pimientos sana y salva en la acera, aunque temblando del susto y con los ojos llenos de lágrimas.

Controlando su primer impulso, cruzó debidamente, esperando un semáforo que le pareció eterno y, cuando llegó por fin al lado de su hermana, no pudo contenerse y la abrazó sin decir nada.

—No vuelvas a hacer eso nunca —ordenó después.

—No me des lecciones, te he visto hacerlo igual. Te crees mejor que mamá y papá cuando te dicen lo que debes hacer, pero eres igual. Te crees muy mayor, pero eres igual de crío que yo. Te crees mejor que nadie y lo peor de todo es que yo también lo creía —dicho esto, Pimientos se dio la vuelta y se marchó a casa entre sollozos como cuando era pequeña—. Además, ¿no me odiabas tanto?

Y si algo tuvo claro en aquel mismo instante fue que no, que no la odiaba en absoluto; la quería muchísimo y quería protegerla de todo lo malo para que siguiera siendo tal y como era.

Aquel día todo cambió para Pedro. Bueno, en realidad aquella conversación no tuvo consecuencias inmediatas. Pedro no se convirtió en el más cariñoso de los hermanos, ni dejó de pertenecer a una pandilla de niñatos. Tampoco volvió a pretender ser un “ciudadano modelo”. Al menos, no aquel día. Fue poco a poco, empezando por pedirle perdón a Pimientos y pasarse el domingo siguiente despegando chicles y recogiendo envoltorios por todo el parque junto a ella como consecuencia de una sentencia interplanetaria. Lo cierto es que no dejaron de chincharse pero lo pasaron genial.

Su madre, también lamentó haberles dado mal ejemplo, lo que fue toda una lección para sus hijos. Sin embargo, lo que hizo que Pedro empezara realmente a encontrar su lugar en el mundo, fijándose únicamente en la persona que a él le gustaba ser, fue darse cuenta del poder que ejercía sobre su hermana pequeña, para la que debería ser, como decía su amigo Rudy, el “ciudadano modelo”, entendiendo por fin el verdadero significado de aquellas palabras.

FIN

Laura Gómez Lama, nacida en Madrid, ha centrado su carrera como redactora en el mundo de la educación. Ha trabajado en prensa, aunque sus pinitos universitarios en Periodismo los hizo hablando de los clásicos del cine en la radio. La magia de los medios y del poder que la palabra ejerce sobre la imaginación no solo consiguen inspirarla, sino que la hipnotizan hasta dejarla “colgando de otros mundos”.

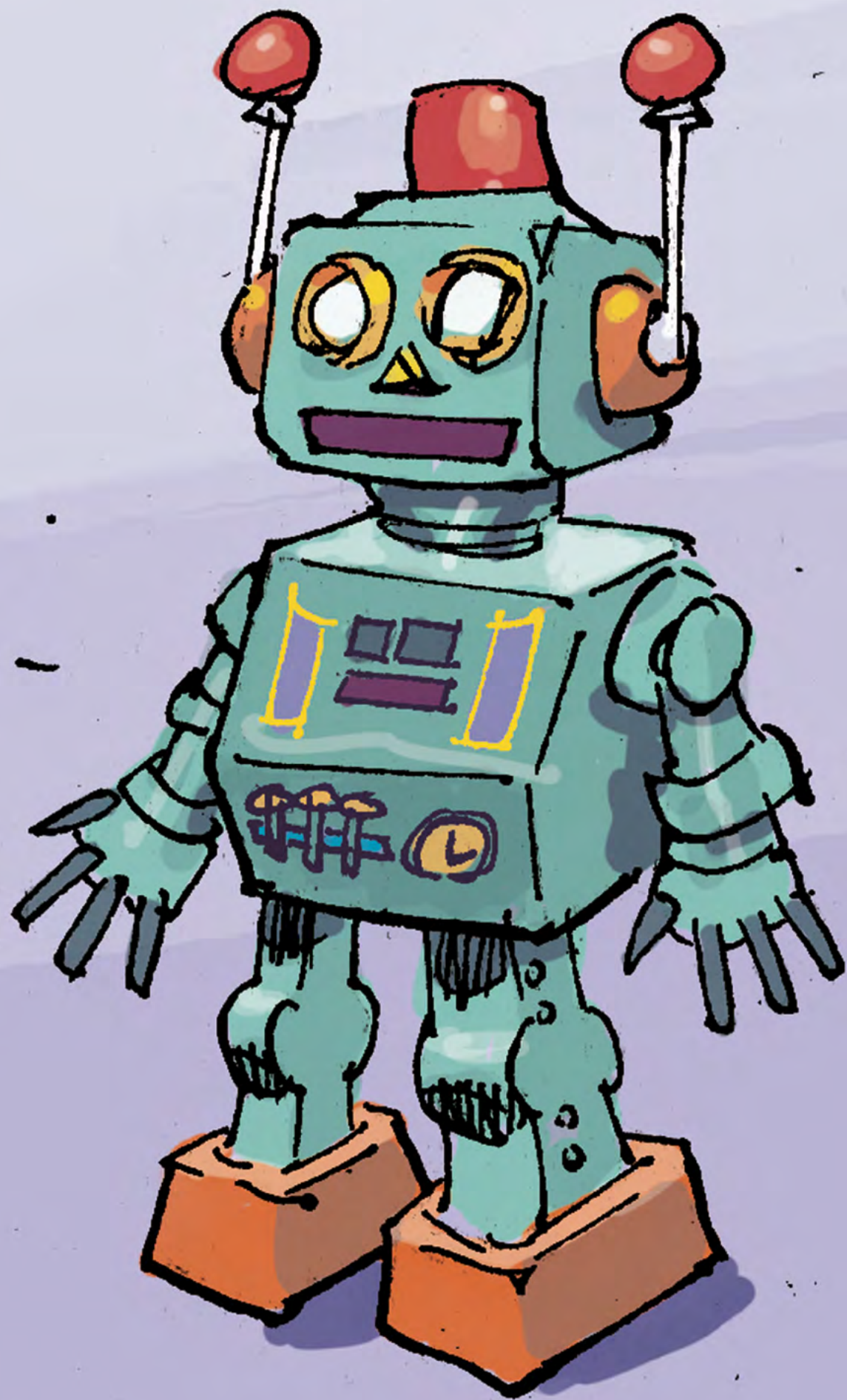
Le interesa la literatura infantil y juvenil, viéndola como “un aliado en la transmisión del saber y la experiencia de los adultos, quienes abandonan, por un momento, su trinchera para dejar de impartir lecciones y sentarse a charlar en igualdad, diciendo a los chavales: esto es lo que yo sé, el resto es cosa tuya”.

Actualmente coordina la revista Escuela Infantil.

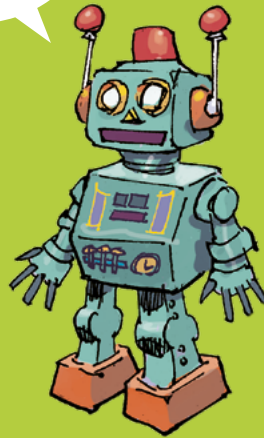
Sergio Bleda, nacido en Albacete, es historietista e ilustrador profesional desde hace veinte años. Sus obras se han editado en varios países de Europa y en Estados Unidos.

Comienza su labor como dibujante y guionista en el año 1991. Su salto a la popularidad llegaría con “El Baile del Vampiro”, serie publicada por Planeta DeAgostini dentro de su línea Laberinto, por la que fue nominado al Premio Autor Revelación del Saló internacional del comic de Barcelona en el año 1998. Esta serie y la trilogía “La Conjura de Cada Miércoles” han sido recientemente reeditados en Estados Unidos por la editorial americana Dark Horse.

Actualmente reside en Valencia y continúa desarrollando su carrera profesional como historietista e ilustrador en el mercado nacional e internacional.



Sigue aprendiendo
con nosotros.
¡Descúbrelo aquí!



www.fundacionmapfre.org